

La invención histórica del desarrollo: una aproximación crítica y latinoamericana al sistema-mundo moderno

Mauricio PUENTES-CALA
maopc03@gmail.com
Universidad del Norte
(Colombia)

The historical invention of development: a critical and Latin American approach to the modern world system

Resumen/Abstract

- 1. Introducción**
- 2. El progreso ilustrado**
- 3. La civilización biológica**
- 4. La modernización**
- 5. Conclusión**
- 6. Referencias**

La invención histórica del desarrollo: una aproximación crítica y latinoamericana al sistema-mundo moderno

Mauricio PUENTES-CALA
maopc03@gmail.com
Universidad del Norte
(Colombia)

The historical invention of development: a critical and Latin American approach to the modern world system

Citar como/Cite as:

Puentes-Cala M (2021). La invención histórica del desarrollo: una aproximación crítica y latinoamericana al sistema-mundo moderno. *Iberoamerican Journal of Development Studies* 10(1):258-286.
DOI: 10.26754/ojs_ried/ijds.502

Resumen

En este trabajo se aborda, de manera retrospectiva, los procesos de invención y transformación del relato occidental del desarrollo a lo largo de tres centurias. La idea es mostrar la relación que ha existido entre las coyunturas históricas y el relanzamiento de las narrativas civilizatorias; para ello, se identifican tres momentos de comprensión: progreso, orden biológico y modernización. Estos momentos permiten observar de qué manera, por qué y bajo qué contexto se configuró y perfiló el desarrollo como una de las mayores promesas de la modernidad. Se sostiene que el desarrollo ha sido un discurso de poder transhistórico que ha hecho de las prácticas, experiencias y tradiciones euronorteamericanas un modelo cultural universal, a través del cual se ha afianzado una visión hegemónica y esencialista de Occidente, al tiempo que construido una alteridad deficitaria y tercerizada.

Palabras clave: eurocentrismo, Occidente, modernidad, subdesarrollo, colonialismo.

Abstract

In this work, it is retrospectively addressed the processes of invention and transformation of the western development story over three centuries. The idea is to show the relationship that has existed between the historical conjunctures and the relaunching of civilizing narratives; for this, three moments of understanding are identified: progress, biological order, and modernization. These moments allow us to observe which way, why, and under what context the development was configured and profiled as one of the greatest promises of modernity. It is argued that development has been a discourse of transhistoric power that has made Euro-American practices, experiences and traditions a universal cultural model, through which a hegemonic and essentialist vision of the West has been strengthened, while building a deficit and outsourced alterity.

Keywords: Eurocentrism, West, modernity, underdevelopment, colonialism.

1 Introducción

El desarrollo como invención, como experiencia históricamente singular, no fue ni natural ni inevitable, sino el producto de procesos históricos bien identificables [...]. Si el desarrollo fue una invención, esto sugiere que puede desinventarse o reinventarse de modos muy distintos (Escobar 1997, p. 502).

Aunque ha existido una discusión de larga data sobre qué es lo que ha determinado la especificidad del pensamiento latinoamericano, a propósito de la reproducción consciente o inconsciente de los saberes colonizados y de la complejidad de asumir una ruta apropiada entre las variantes indo, meso, pan, hispano, ibero y sudamericana, sin duda, puede reconocerse un espacio latinoamericano de pensamiento. Y ello se hace evidente cuando se observa la manera como, desde esta parte del mundo, se han abordado y categorizado cuestiones como la independencia, la identidad, lo indígena, lo afro, la nación, el feminismo, la ecología política, la economía solidaria, la desigualdad y el mismo desarrollo (Devés-Valdés 2004, p. 78).

Si bien desde la segunda década del siglo xx el pensamiento latinoamericano ha estado marcado por la centralidad del marxismo, en tanto teoría general de inspiración y reacción, al igual que por un profundo ideario tradicionalista que, con el tiempo, ha dado paso al extranjerismo y al neoconservatismo proseguridad/promercado (Marini 1995, p. 35), el horizonte de análisis diferencial de dicho pensamiento puede verse representado en el revisionismo fundacional, en el indigenismo, en la utopía de la dignidad, en la filosofía de la liberación y en la decolonialidad, solo por mencionar algunas líneas (Beorlegui 2010). Mientras otras regiones y comunidades se han pensado en términos histórico-universales (el caso de Europa occidental y Norteamérica), bajo el cariz de las religiones (Oriente Medio y África sahariana), a partir de componentes nacionales y sociolingüísticos (el mundo eslavo y los Balcanes) o en función de criterios étnicos y necropolíticos (las negritudes y el África subsahariana), Latinoamérica se ha pensado en términos geoculturales, es decir, a través de la relación entre espacios, identidades y procesos de dominación (Devés-Valdés 2004, p. 78).

Podría decirse que el colonialismo ha sido uno de los hechos históricos que más ha signado al pensamiento social latinoamericano, tanto así que, en torno a lo colonial, se ha perfilado el criterio tripartito de asimilación, hibridación y resistencia, que ha caracterizado a este pensamiento. Y es que el nacimiento de América Latina fue el resultado de un convulso proceso de separación política, que jamás conquistó la emancipación cultural, ni mucho menos logró la libertad de elección o el mínimo poder de decisión dentro de las relaciones económicas a escala global (Hostos 1969, pp. 224-225;

Rodney 1982, p. 39). La independencia como ruptura fue, entonces, un asunto más imaginario que originario de las repúblicas latinoamericanas y caribeñas. Constituyó una invención formal y mitificada, que mantuvo intactas las estructuras de pensamiento, los valores, las instituciones y las relaciones político-económicas que sostenían al orden colonial.

Es, por esta razón, que resulta sumamente importante mirar en retrospectiva uno de los arquetipos con mayor vigencia de este orden colonial. Me refiero a la teoría ilustrada del progreso representada en la noción de «desarrollo»; un desarrollo eurocéntrico que ha sido entendido, históricamente, como una promesa de mejora, como un punto cero de quiebre y avance, con el que se propone anular las formas particulares de pasado y los modos específicos de existencia para, así, institucionalizar una estructura básica y universal de la prosperidad (Castro-Gómez 2005, pp. 11 y 42). El desarrollo constituye, de esta manera, el paso de una condición inferior a una más prominente y realzada dentro del ordenamiento socioeconómico imperante. Cabe entonces retomar la pregunta que se hizo Wallerstein (1999, p. 71) hace ya varias décadas: el desarrollo propugnado por los otrora imperios coloniales, hoy potencias industriales, ¿se refieren al desarrollo de la sociedad o al desarrollo del sistema-mundo?

La respuesta menos comprometedora sería: a ambos, pero lo cierto es que, dentro de esta lógica funcional, la gente siempre se ha visto como un medio, en tanto que el orden y el progreso se han consolidado como un fin; máxime teniendo presente que la sociedad, desde la Revolución Industrial, pasó a estar gobernada por los imaginarios de las relaciones de producción y por el arrollador razonamiento de la ganancia. El factor humano quedó, así, desplazado de los objetivos nucleares del progreso, siendo la gente solo apreciada como masa consumidora y/o fuerza de trabajo, y no como sujetos-propósito de realización (Polanyi 1989). Este tipo de economía que se posa por encima de la vida misma ha sido un elemento definitorio del sistema-mundo moderno;¹ un sistema-mundo que representa la estructura de funcionamiento de la sociedad occidental desde el Siglo de las Luces, y que se ha universalizado como régimen cultural y económico a partir de la naturalización de la asimetría intercambiaria y de la división internacional del trabajo bajo el binomio centro-periferia (Wallerstein 2005, p. 40).

En este trabajo, se propone un análisis retrospectivo del relato del desarrollo occidental entre los siglos XVIII y XX. La idea es poner en evidencia las principales líneas de continuidad y algunas variaciones, que lograron darle un matiz distintivo a este relato transhistórico a lo largo de tres centurias. Ello permite mostrar de qué manera, por qué y bajo qué contexto se configuró y perfiló el desarrollo como uno de los mayores ofrecimientos de la modernidad. Esta es, quizá, una aproximación genealógica a la perspectiva eurocéntrica

1 «El adjetivo “moderno” surge, justamente, cuando se considera indispensable marcar diferencias sustantivas entre el ayer y el hoy [...]. La aparición de este neologismo implica la consciencia de una ruptura en la continuidad histórica: lo que fue ya no es; se viven “tiempos nuevos”» (Sotelo 1996, pp. 26-27). De esta manera, la modernidad, en tanto cualidad enunciativa de lo moderno, es una categoría que hace referencia a más de un proceso histórico-coyuntural de Europa y del Norte global. Por ello, es apropiado hablar de cuatro modernidades. La primera es la «cristiana», que se puede ubicar a partir del siglo IV, tras la irrupción del cristianismo en el Imperio romano. La segunda modernidad sería la «carolingia», que se produce desde el siglo XIII, con la introducción del derecho romano y la filosofía aristotélica en el Imperio medieval. La tercera es la «renacentista», de los siglos XV y XVI, caracterizada por la tensión y conjunción de las ideas de la filosofía clásica con la doctrina eclesial. Y la última es la modernidad «ilustrada», la cual ha cobijado a la humanidad desde la segunda mitad del siglo XVII hasta la actualidad (Sotelo 1996, p. 27).

del desarrollo, la cual ha estado tradicionalmente asociada a una promesa de mejora y crecimiento que —más allá de cualquier iniciativa humanizadora— no ha podido escapar del reduccionismo económico. El gran inconveniente aquí es que la economía, al menos desde el siglo XVIII, difícilmente se ha ajustado al ideal de Adam Smith, quien proponía una ciencia del bienestar de las personas. Con el tiempo, el pensamiento económico abandonó casi por completo su faceta sociológica y filosófica, para limitarse a las expresiones lineales de los números y las fórmulas. Se convirtió en un saber sin rostro humano, acrítico, para el orden y por encargo. Esta situación permitió que la práctica económica se transformara en una mixtura entre geopolítica y expansionismo extractivo-comercial; una situación que es claramente notoria cuando se atiende a la relación de correspondencia que existe entre los episodios de crisis económica y coyuntura política, con el relanzamiento estratégico del relato del desarrollo a nivel mundial, el cual se ha hecho ostensible bajo diferentes facetas, según la época, a saber: progreso ilustrado para el siglo XVIII, civilización biológica para el siglo XIX y modernización-globalización para el siglo XX.

2 El progreso ilustrado

El origen de la supremacía cultural y económica de Europa en el mundo puede rastrearse desde los llamados «descubrimientos» o, mejor dicho, «encubrimientos» de los siglos XV y XVI (Dussel 1994). La conquista y colonización de nuevas tierras y sociedades más allá del Atlántico superó, en consecución de riquezas y logros territoriales, a cualquier empresa bélica medieval, incluyendo las cruzadas, las campañas sobre el Mediterráneo y África y las expediciones sobre Oriente. La tenencia de vasallos y vastas posesiones más allá de los «límites del mundo» pero, sobre todo, la comparación material, racial y técnica con el Otro conquistado fue afianzando en los reinos de Europa occidental un sentimiento de superioridad, así como imaginarios de universalidad cultural, donde se concebía la superación del hombre en un ideario sociocéntrico asociado, primero, al teocentrismo y al oscurantismo eclesial y, posteriormente, desde el siglo XVIII, a la Ilustración y al liberalismo secular.

El ímpetu de la Contrarreforma y la variación del ideario político en Europa, tras las guerras religiosas, marcaron el origen del Estado moderno, un Estado que halló en la expansión colonial una vía privilegiada de realización (Skinner 1993). Los procesos imperiales de los siglos XV y XVI que trajeron como resultado la invasión del Abya Yala² se encontraban promovidos por esta racionalidad política que, además de arrastrar intereses comerciales asimétricos, imponía con fuerza arrolladora las ideas de la «civilización» occidental; de allí el establecimiento de las dualidades dominación-subordina-

2 Denominación dada desde tiempos prehispánicos por el pueblo originario kuna (o guna) —que ha habitado históricamente las costas del Darién (actual frontera entre Colombia y Panamá)— a lo que hoy se conoce como el «continente americano». La denominación de Abya Yala proviene de la lengua dulegaya y significa «tierra de sangre vital» o «tierra en plena madurez». Las naciones indígenas dieron, desde sus propias lenguas y cosmovisiones, nombres diversos a los territorios de estancia o de paso en el continente; tal fue el caso de los incas y el Tahuantinsuyo, de los mayas y el Mayab, de los maxicas y el Cem Anáhuac y del Vinland de los vikingos.

ción, razón-barbarie y riqueza-miseria, entre otros imaginarios que, tempranamente, aportaron a la construcción contemporánea de la noción de desarrollo. De tal manera, la colonización, como programa de ocupación y encubrimiento del Otro, ha servido para edificar y sustentar el «crecimiento» de las sociedades colonizadoras a expensas de las colonizadas; una situación en la que Latinoamérica, antes que África, Asia y el Pacífico Sur, ha sido un caso representativo de la instauración de los arquetipos occidentales.

Y es que la eclosión epistémica del pensamiento renacentista e ilustrado contradujo la realización providencialista y escolástica del ser humano a través de un concepto clave: el «progreso» (Rist 2002, pp. 32-33). Este concepto alejaba la superstición del futuro del hombre, para acuñarle un nuevo destino bajo las leyes de la razón y la experimentación (Marcuse 1994). Dotado de un carácter antropocéntrico, el progreso señalaba la existencia de condiciones de mejora y crecimiento en la vida humana, a partir de tres valores fundamentales de la modernidad: la ciencia, la lógica legal y la libertad. Este progreso no era más que una variación laica del ascetismo cristiano pues, al igual que en este último, se buscaba la perfección funcional y doctrinal del individuo, pero mediante una racionalidad moderna y burguesa. De hecho, la creencia en el avance humano determinado por la sabiduría puede rastrearse en la mitología grecolatina y en la filosofía clásica (Condorcet 1980, pp. 127-129); sin embargo, solo será a través del proyecto ilustrado de crear una «ciencia global del hombre» basada en el ideal del progreso que surgirá un razonamiento hegemónico con orientación geopolítica y estrechamente vinculado a la programática del colonialismo europeo (Castro-Gómez 2005, p. 42).

De esta manera, la teoría del progreso que, explícita o implícitamente, puede verse en Smith, Condorcet, Turgot, Descartes, Kant, Rousseau, D'Alembert y en empiristas como Locke, Berkeley, Hume, Hobbes y Bacon, solo por mencionar algunos, induce la producción de un punto cero de observación, es decir, el establecimiento de una forma de comprensión del mundo con la que se pretende borrar todo pasado diferencial y toda forma de vida vernácula, para estandarizar una visión definitoria y unidimensional de la existencia humana. Se reinicia así, en virtud de los imaginarios de Europa occidental, la historia de la humanidad, en aras de que pase a ser ritmada por los derroteros epistémicos, políticos y económicos del sistema-mundo moderno, o sea, por la promesa de un destino realizador o «*hybris* del punto final». De esta suerte, «desde la Ilustración científico-técnica del XVII y el XVIII, los científicos de la Naturaleza serán los dueños del alfabeto del mundo físico y los científicos de la conducta humana diseñarán la ingeniería social de la sociedad mundial. Todo parece estar predeterminado [...], sometido a la racionalidad simbólica del cálculo y la medida» (Cifuentes 2010, p. 86). En tal sentido, se puede sostener que la Ilustración creó y propagó, amparada en las ciencias humanas y en función de una

especie de cosmópolis mental, el mito del desarrollo lineal y euro-referencial.

No por nada, durante el absolutismo ilustrado, se manifestó un modelo de Estado burocratizado y tecnocrático, que conjugaba criterios de optimización y maximización económica con principios taxonómicos y jerarquizantes de la población. Es el asomo de una estructura calculadora que mensura la tierra, regionaliza las posesiones y aplica una política sobre la vida para instrumentalizar a la gente con fines ocupacionales, fiscales y militares (Foucault 1999, pp. 168-170; 2001, p. 217). He allí el origen de las ciencias sociales; ciencias en las que, una vez se apropió el modelo naturalista-nomotético, se fundamentó un relato «sobre la historia y la naturaleza humana en la que los pueblos colonizados por Europa aparecían en el nivel más bajo de la escala de desarrollo, mientras que la economía de mercado, la nueva ciencia y las instituciones políticas modernas eran presentadas, respectivamente, como fin último de la evolución social, cognitiva y moral de la humanidad» (Castro-Gómez 2005, p. 42). Las ciencias del hombre emergieron, de este modo, como saberes del orden, de un orden promotor de regularidades y reproductor de leyes generales para el progreso humano.

Denunciando el estancamiento inducido por la tradición eclesial, el pensamiento ilustrado promovió una revaloración de las creencias y prácticas que habían dado sustento a la organización del género humano. Era el momento de reflexionar sobre los principios del Estado, sobre las bases del derecho, sobre el sentido de las relaciones de producción; en definitiva, sobre los fundamentos de la vida social (Parellada 2009, p. 19). Todo ello entrañaba dos fines esenciales: primero, entender los fenómenos que habían sustentado el *statu quo* tradicional y, segundo, proponer los principios racionales que debían gobernarlos; de allí la teoría de Estado, el ideario liberal, el «discurso del método», la economía política y las primeras manifestaciones del historicismo moderno, propuestas intelectuales que manejaban una preocupación confluyente: la cuestión del progreso social (Condorcet 1980, pp. 225-227).

Desde temprano, los sabios e ilustrados europeos asociaron el progreso humano con los adelantos de la ciencia y la técnica, particularmente, con la racionalidad deducida en inventiva que, desde su óptica, permitía el mejoramiento paulatino y acumulativo del bienestar material de las personas. No obstante, es preciso resaltar que «nunca como en los siglos XVII y XVIII el mito del progreso vinculado al ascenso político y cultural de Europa fue tan poderoso» (Cifuentes 2010, p. 86). La dominación del Nuevo Mundo ayudó mucho en este proceso, pues se pensó que la tecnología y la razón europea habían sido cruciales en el sometimiento de poblaciones primigenias que superaban en número a las fuerzas conquistadoras (Rist 2002, pp. 47-48). Dentro de esta lógica, la dominación era un hecho legítimo, casi una ley de la vida: las naciones técnicamente

«desarrolladas» debían imponerse sobre las «atrasadas». Asimismo, la evidencia de la existencia de tierra firme más allá de los límites occidentales del Mediterráneo desmintió el pensamiento confesional según el cual, inspirándose en la Antigüedad clásica, se había sostenido por siglos que, al oeste del estrecho de Gibraltar, no había más que un vacío tenebroso. Haber desmontado ese mito abrió la puerta a nuevos imaginarios y sembró la duda de que quizá, tras la tradición beatífica, se escondía un maremágnum de certezas por descubrir (Arciniegas 2019, pp. 9-10). Los hechos hablaban por sí solos; la razón y la experimentación materializada en tecnología, y un poco de curiosidad aventurera, habían permitido arribar a otros mundos, revelar lo desconocido. Ello dejó una lección aprendida: el logos y la empírea (la ciencia) conformaban un nuevo sendero hacia la grandeza.

Como si se tratara de una sumatoria de acontecimientos, esta incidencia de América en Europa contribuyó a la formación de una confianza extrema en la racionalidad científico-técnica; racionalidad que burgueses e ilustrados utilizaron como sustrato ideológico para sus revoluciones y, consustancial a ellas, como consigna política, económica y cultural, sinónimo de progreso. «Así surgió el sentimiento de que el siglo de la Ilustración era el del progreso indefinido y absoluto de la humanidad, y ello obnubiló con su luz cegadora a los intelectuales burgueses» (Cifuentes 2010, p. 86), a los tecnócratas y a los países colonizados, los cuales vieron en el iluminismo de Europa el desarrollo propio y el del mundo.

Sin embargo, esta mecánica desarrollista entendida como progreso ilustrado no solo se redujo a un asunto formal o abstracto; se materializó con consecuencias sangrientas sobre la vida y las sociedades humanas. Hombres de época como Rousseau y Condorcet notaron que la idea de un progreso sin límites generaba, en la práctica, un irrefrenable accionar depredador. La faceta material del progreso era entendida, a través de un cariz baconiano; esto es, como la dominación y la explotación de la naturaleza mediante el discernimiento científico, los instrumentos técnicos y la fuerza proporcionada por el trabajo humano. El gran dilema, aquí, era que el ejercicio de dominación-explotación y la organización del trabajo implicaban relaciones de sometimiento que sacrificaban el bienestar de muchos por la comodidad de pocos. Era un sistema que proveía de felicidad a unos a expensas del padecimiento de otros (Cifuentes 2010, p. 86; Perrault *et al.* 2001). Al respecto, el marqués de Condorcet (1980) escribía: «Recorred la historia de nuestras empresas, de nuestros establecimientos en África o en Asia. Veréis nuestros monopolios comerciales, nuestras tradiciones, nuestro desprecio sanguinario por los hombres de otro color o de otra creencia, la insolencia de nuestras usurpaciones, el extravagante proselitismo [...], la superioridad de nuestras luces [...].» (p. 227).

En virtud de esta fórmula de progreso, inequitativa por definición y al servicio de la burguesía, florecieron el libre mercado auto-regulado y la democracia como formas representativas de los intereses del pueblo y medios realizadores de los individuos. Pese a lo atractiva que pudiera resultar la promesa de autodeterminación, esta era una situación que revelaba una profunda contradicción en el seno del proyecto ilustrado. El progreso entendido como avance y dominio terminaba constriñendo el libre albedrío y el sentido de voluntad, es decir, la libertad; una libertad que, paradójicamente, constituía el eje articulador del relato desarrollista. Ello sucedió porque la noción de dominación, enlazada al mito del progreso, definió el sometimiento de las fuerzas de la naturaleza, aunado al control de todas las especies, incluyendo la humana. De esta manera, el triunfo de la razón y los adelantos científico-técnicos como garantías futuras de bienestar y libertad reposaban sobre una gran antinomia, sobre un reverso nocivo. El progreso civilizatorio había nacido, de esta suerte, enlazado a una práctica degenerativa, a una regresión deducida en esclavitud, en devastación, en pauperización, en exterminio, en ferocidad sobre el congénere. Progreso y regresión serán, entonces, dos componentes teórico-prácticos indisolubles que perfilarán, desde el Cinquecento, la idea del desarrollo moderno.

En el ocaso del siglo XVIII, a los cambios políticos inducidos por la burguesía ilustrada se le sumará la Revolución Industrial; un proceso de inflexión histórica que acarreó el mayor conjunto de transformaciones sociales, económicas y tecnológicas que había experimentado el mundo occidental desde el Neolítico. Esta revolución potenció el sentimiento de grandeza de Europa sobre el globo y creó una «justificación más bien conspicua de la hegemonía» cultural del antiguo continente en el hemisferio (Wallerstein 1999, p. 56). El espíritu de superioridad dio pie a las primeras teorías del evolucionismo biológico que, basadas en la negación del fijismo y en la jerarquización civilizatoria de las especies, se harán muy populares a partir del siglo XIX.

3 La civilización biológica

Podemos dividir las naciones del mundo, *grosso modo*, en vivas y moribundas. Por un lado, tenemos grandes países cuyo enorme poder aumenta de año en año, aumentando su riqueza, aumentando su poder, aumentando la perfección de su organización [...]. La ciencia ha colocado en manos de esos ejércitos armamentos que aumentan cada vez más su eficacia destructiva [...]. Junto a estas espléndidas organizaciones, cuya fuerza nada parece capaz de disminuir, existe un número de comunidades que solo puedo describir como moribundas [...]. En esos Estados, la desorganización y la decadencia avanzan casi con tanta rapidez como la concentración y aumento de poder en las naciones vivas que se encuentran

junto a ellos. Década tras década, cada vez son más débiles, más pobres y poseen menos hombres destacados o instituciones en los que poder confiar [...]. En ellas no solo no se pone remedio a la mala administración; es un nido de corrupción [...]. Por una u otra razón, por necesidades políticas o bajo presiones filantrópicas, las naciones vivas se irán apropiando gradualmente de los territorios de las moribundas y surgirán rápidamente las semillas y las causas de conflicto entre las naciones civilizadas [...] (Gascoyne-Cecil 1898).

Este es un fragmento del discurso que el primer ministro inglés Robert Gascoyne-Cecil, más conocido en el mundo político como lord Salisbury, pronunció en el afamado teatro londinense Royal Albert Hall, en mayo de 1898. El discurso del jefe de Estado del Imperio británico no solo constituía una arenga que sublimaba los alcances de la nación anglosajona y exaltaba la «magnificencia» de la clase política del Reino Unido, esta era una alocución inspirada en el relato vivo de la modernidad eurocéntrica, ese relato que se había convertido en el paradigma universal de la humanidad y que nacía de las interpretaciones positivistas y biologists de lo social (Marcuse 1994). Dicho paradigma se justificaba mediante la tergiversación de los principios de la «selección natural» de Charles Darwin, cuyo reproducionismo diferencial fue transformado en un postulado teleológico universal, en un argumento científico al servicio de la política y de la ingeniería social, para legitimar la dominación de unas «especies» sobre otras (Spencer 1864). La configuración de esta «ley de la humanidad», donde primaba la sobrevivencia del «más fuerte» frente a la extinción del «más débil» o, como citaba Darwin ([1859] 1877), de aquellos miembros de la población que, bajo condiciones de competencia por la vida, «logren una probabilidad mayor de sobrevivir y, de este modo, ser *naturalmente selectos*» (p. 16), involucraba una analogía biológica donde debía sobrevivir el «más apto» y perdurar quien tuviera «mayores probabilidades de triunfo en la lucha por la existencia» (p. 301). Como en la naturaleza nacen más individuos de los que pueden subsistir, habrá «consecuencias pequeñas de una ley general que lleva a la mejora de todos los seres orgánicos, a saber: la de multiplicar, variar, dejar vivir al más fuerte y morir al más débil» (p. 310). Tales consignas, puestas al servicio del imperialismo decimonónico, de sus relaciones internacionales pero, sobre todo, de sus intereses económicos, imponían un violento y asimétrico horizonte civilizatorio, a través del cual se instituían unos rasgos definitorios en la organización de la vida en el hemisferio (Escobar 1999, p. 330).

El auge científico, tecnológico y económico que inauguraron las revoluciones industriales, entre el último cuarto del siglo XVIII y los primeros lustros del XX, fue posible gracias al extractivismo sin cuartel y a la explotación de mercados cautivos, o sea, al nuevo reparto colonial del mundo (neocolonialismo), que comenzó a fraguarse desde el siglo XIX, bajo las banderas del liberalismo imperial. Tanto el *take off* («despegue») de la economía de mercado como la Belle Époque (Bella Época) constituyeron momentos de crecimien-

to, bienestar y prosperidad burguesa en Europa y el Norte global, pero tal florecimiento de Occidente contenía una contraparte oscura y siniestra, una «Horrible Época», que vivían millones de obreros pauperizados, cientos de miles de mujeres y niños explotados en fábricas y, en la hambruna, millones de esclavos en minas y plantaciones, y decenas de naciones conquistadas o recolonizadas. Al parecer, la fe en el capital, y la excesiva confianza en la ciencia y el progreso ilustrado como desarrolladores de la humanidad, de manera inexorable, acarrearán repercusiones sumamente agraviantes sobre vastos sectores sociales.

De hecho, las revoluciones industriales del siglo XIX son hijas de una historia sombría. La primera de estas revoluciones se financió con el expolio de riquezas y con la muerte de millones de nativos en América y África, mientras que la segunda lo hizo con el oro de California; un oro cuya extracción requirió de la esclavización masiva de inmigrantes y del despojo sistemático de los pueblos amerindios, en lo que se conoció popularmente como la «Conquista del Viejo Oeste». De este modo, el capitalismo que nacía y despegaba jalonado por las transformaciones de la industria era fruto de una idea de progreso que, en la práctica, hacía que el sometimiento de la naturaleza se volviera contra la misma sociedad, dejando en entredicho la promesa universal de libertad. En estas circunstancias, el progreso parecía ser un acto selectivo, pues la marginalidad de unos garantizaba la tenencia de otros o, en términos macrosociales, la degradación de unas naciones aseguraba el desarrollo de otras.

Este aparente orden natural de las cosas se afianzó en el escenario geopolítico con el neocolonialismo³ y se justificó, a nivel social, bajo la retórica científica del orden biológico. La perpetuación de las antiguas estructuras económicas y de las instituciones coloniales, incluso en países que habían logrado la separación política de los imperios atlánticos, llevó a pensar que estaban destinadas por ley evolutiva a permanecer bajo una situación de dependencia y en un formato periférico de inserción al mercado mundial. La situación de «debilidad» y de «pobreza» que vivían estas «naciones satélites» respaldaba la idea de que su realización se hallaba en la asimilación de la ideología colonizadora que irradiaba el Norte global como misión civilizadora (Hobsbawm 2010; Wallerstein 2005, pp. 10-11).

En el biologismo consecuente del pensamiento ilustrado y vigorizado por el positivismo decimonónico, se contempló a la sociedad y los fenómenos sociales como organismos vivos. Ello indujo una clasificación y verticalización de las formas de vida que diferenciaba la riqueza biológica y la superioridad intelectual entre las especies. Los seres humanos, por supuesto, no estuvieron exentos de este ejercicio de especiación. El antropólogo Lewis Morgan ([1877] 1971), por ejemplo, propuso una secuencia progresiva y teleológica de la cultura humana, según tres estadios ascendentes: salvajismo,

3 Se refiere al sistema social y económico de dominación y explotación que, en el contexto del siglo XIX, bajo el prefijo «neo-», se transformó en una práctica geopolítica, que relanzó el mercantilismo, el monopolismo industrial y el imperialismo cultural como mecanismos de control político y tutela productiva. El neocolonialismo permitía una relativa independencia y soberanía interna de los Estados sujetos, a través de un sistema económico y de gobierno dirigido desde fuera (Nkrumah 1996).

barbarie y civilización. Cada uno de estos momentos evolutivos se hacía distintivo conforme el «nivel de adelanto» que presentaran: la organización social y política, el uso de herramientas y tecnologías, el tipo de creencia religiosa, la complejidad de las relaciones materiales y los patrones de reproducción. Estos criterios, de supuesto desarrollo de la cultura, mantenían referencias raciales y biotípicas; por ello, el avance, el ascenso y el futuro siempre se observaban en los pueblos caucásicos, en las sociedades del Atlántico Norte, mientras que las comunidades no euroascendentes, casi siempre ubicadas al Sur del mundo, eran vistas como un remanente del pasado o, lo que es lo mismo, la versión deficitaria de la humanidad contemporánea. El mensaje principal de este postulado evolucionista era «que las culturas conocidas se encontraban en alguno de estos estadios y que todas ellas habrían de pasar por esos estadios de forma lineal en su camino hacia la civilización propia de los países avanzados» (Parellada 2009, p. 21).

Así pues, el mito del progreso asociado al biologismo social transformó el *continuum* antropofísico y las formas particulares de organización política, económica y cultural de las naciones de Europa central, en los elementos definitorios del concepto de civilización universal. El etnocentrismo europeo, así como la manifestación arquetípica y racial de la realización humana, demostraban que el desarrollo se reducía a un ejercicio de blanqueamiento y entreguismo con pretexto civilizador (Rist 2002, pp. 52-53).

Bajo esta perspectiva, la civilización, en tanto conjunto de creencias, valores y sistemas de ordenamiento humano, se significó como el estadio mayúsculo en la escala de «evolución cultural». En esta concepción naturalista y unidireccional de la condición social, subyacían las ideas de orden y progreso, las cuales prometían una suerte de perfeccionamiento a través de los principios de la modernidad europea (Marcuse 1994, p. 222). De entonces acá, la «civilización», el «progreso» o, mejor dicho, el florecimiento de los grupos humanos alrededor del mundo se halló determinado por las nociones unidimensionales de la visión occidocéntrica.⁴ La civilización se definió, en este sentido, en función de un orden biológico, de una organización natural de la vida, de una biopolítica inherente a la existencia, donde el blanco y las costumbres del blanco eran superiores y, por tanto, modelo de referencia global.

La mimesis de la historia de la condición occidental se convirtió, de esta manera, en la hoja de ruta para las naciones «pobres», «débiles» y «moribundas» que, forzosa o voluntariamente, y so pena de sus costumbres y formas de organización propias, se sumaron al proyecto civilizatorio. Sin embargo, el «progreso» de tales naciones no sería posible sin antes sobrevivir a la «presión filantrópica» de las «naciones vivas» y poderosas, las cuales reclamaban su natural derecho a valerse de los «seres inferiores», para mantener su posición privilegiada dentro de un sistema social, organizado

4 El término «occidocéntrico» proviene de la expresión estereotipada de «occidente», como vocablo autoidentificador utilizado, por lo regular, para denominar a determinadas regiones y sociedades del mundo, cuya ubicación geográfica puede ser relativa, pero donde se manejan relaciones de dependencia material y comparten ciertos lazos culturales. Tales relaciones y lazos se derivaban, fundamentalmente, de la economía de mercado capitalista, de la tradición religiosa judeocristiana y de la apropiación de la ciencia positiva como modelo de conocimiento universal. El sufijo «-céntrico», por su parte, denota la cualidad absoluta de occidente, la forma como se sitúa en tanto eje de saberes y acciones, la manera como se centran en torno a él las instancias apegadas que lo nutren y perpetúan (Huntington 2015, pp. 45-47).

al estilo de una cadena trófica (Rodney 1982, pp. 15-16; Rist 2002, p. 63).

Precisamente, el discurso del primer ministro inglés a finales del siglo XIX constituía una arenga neocolonial, en la que se vendía la idea de la civilización como un proceso de integración, determinado por relaciones asimétricas que se justificaban en un supuesto orden natural. El paternalismo y la dominación de las «naciones vivas» hacia las «naciones moribundas» dejaban manifiesto un fuerte sentimiento de superioridad en el seno de las potencias industriales, las cuales se hallaban ciegamente convencidas de su hegemonía y preeminencia, debido a la influencia política y económica que habían alcanzado a nivel mundial: el incremento descomunal del poder militar, el auge cultural y urbanístico de la Belle Époque y la era victoriana, la maquinización e industrialización, los avances científicos y las innovaciones tecnológicas de amplia trascendencia para la humanidad (teléfono, automóvil, avión, etc.), así como el control territorial y administrativo ejercido en África, Asia, Oceanía y, fragmentariamente, en América (Rodney 1982, p. 14; Escobar 2005, p. 18). Alimentaron un espíritu de supremacía socio-racial por parte de las naciones «civilizadas», cuyos Estados se sentían llamados a cumplir un «destino manifiesto» por la conquista del mundo. El expansionismo imperial⁵ y la dominación colonial de otros pueblos se transformaban, así, en el destino de las potencias occidentales, pues solo a través de esta vía podían alcanzar el progreso pleno y la realización de sus sociedades.

De la misma manera que lo hicieron los imperios español y portugués en el siglo XVIII, los imperios decimonónicos como Gran Bretaña, Francia, Alemania, Italia o Rusia y, fuera de Europa, Estados Unidos y Japón, colonizaron pueblos y se anexionaron países, con la finalidad de capturar entornos que les proveyeran de materias primas a muy bajo coste y les aseguraran mercados para la venta rentable de sus productos elaborados, a propósito de la Segunda Revolución Industrial (1850-1914). Era el mismo sistema de explotación y clientelización colonial, pero adaptado a los nuevos tiempos (Rist 2002, pp. 60-62).

A causa de su temprana revolución burguesa y de su rápida transición del modo de producción feudal a la economía de mercado, el Imperio británico tomó la delantera en la carrera industrial y geopolítica, afirmando un lugar preponderante en el centro de la economía-mundo. Inglaterra fue, durante el siglo XIX y las primeras décadas del XX (hasta la Gran Guerra), la potencia número uno del mundo, o sea, fue el eje integrador de las economías mundiales (Hobsbawn 2010, p. 75; Wallerstein 2005, pp. 10 y 16). Ello, por supuesto, le otorgó un papel sumamente influyente en el plano de las relaciones políticas y comerciales internacionales, pero también la convirtió en el corazón de las crisis económicas de escala global.

5 Se refiere al imperialismo como doctrina política fundamentada en la dominación y extensión de la autoridad de un pueblo o Estado sobre otro(s). Aunque el imperialismo se concibe bajo diferentes acepciones según la época, puede entenderse, en este caso, como el uso de la fuerza política de un Estado central dentro de la economía-mundo para imponer estructuras que le resulten favorables (Wallerstein 2005).

De esta manera, el advenimiento de la Gran Depresión (Long Depression) entre 1873 y 1896 abrió, para buena parte de Europa y Estados Unidos, pero especialmente para Inglaterra, un período de profunda recesión económica, que llegó a poner en vilo la hegemonía imperial británica, asegurada bajo la figura de la Commonwealth. La solución al peligroso *impasse* se halló a través de dos vías: primero, cambiando la línea de análisis económico y, segundo, relanzando los relatos de producción cultural. Durante el último cuarto del siglo XIX, en respuesta a la crisis, la Escuela inglesa de Cambridge, junto a los franceses de Lausana y la escuela austriaca, reformularon las consideraciones de la economía clásica. La importancia del estudio del valor previo en la concepción humana como paso necesario para generar oferta y formular precios en el mercado fue reemplazada por la idea de que la realidad económica se reducía casi exclusivamente a una red de transacciones comerciales. Dentro de esta perspectiva, el individuo debía habituarse y ajustarse a las fuerzas del mercado, no el mercado a los individuos, tal como se pregonaba en el pensamiento clásico (Galbraith 2009, pp. 141-145).

La condición del equilibrio puesta en el consumidor, quien estaba obligado a igualar la proporción de su poder adquisitivo con los precios determinados en el mercado —entendiendo «mercado» como el ámbito sustantivo de intercambio de bienes y servicios—, no fue la única novedad del planteamiento neoclásico. Junto a una noción del valor más centrada en el cambio que en el uso, este planteamiento desplazó la economía política, y sus discusiones sociológicas y filosóficas, para instaurar las formulaciones lógicas y el razonamiento matemático dentro del pensamiento económico. Ocurre, entonces, una deshumanización intelectual de la concepción de las relaciones de producción, naturalizándose la consciencia financiera, mensurativa y maximizadora como forma unívoca de percepción de la realidad. Nace el *homo œconomicus*, ese hombre capaz de razonar sistemáticamente sobre la eficacia de un medio para el logro de un fin, pero impedido para entender socialmente su propio entorno y desprovisto de la facultad de sensibilizarse por las mismas problemáticas humanas que lo circundan e incluso afectan. En otras palabras, es una fiera económica, un «monstruo antropológico» que hace que la persona se pierda como horizonte y sentido en las relaciones materiales (Bourdieu 2002).

Para paliar la crisis, además de la reorientación del análisis económico que dio origen a la economía ortodoxa, tradicionalmente conocida como *mainstream* («corriente principal»), el Imperio británico se valió de las analogías biológicas del evolucionismo social, para poner en vigencia en sus colonias y posesiones satélites la «teoría de la degeneración de la raza humana»; un relato civilizatorio sustentado en conclusiones científicas donde se entendía la razón de la decadencia de las sociedades y la causa de su «condición inferior» en el desapego al orden y el progreso de corte metropoli-

tano. Como estrategia de sujeción y producción cultural, la teoría de la degeneración se popularizó, lo que creó profundos complejos y angustias en el seno de las sociales periféricas. Occidente les había vendido una enfermedad, una lectura patológica de su estado orgánico y moral, que solo era corregible mediante el tratamiento universal que ofrecía el desarrollo occidental (Escobar 2005, p. 18).

Sin embargo, tal desarrollo era, en la práctica, un asunto medido y constreñido; constituía un ejercicio apadrinado donde, por cuestiones de orden natural, se debía cumplir un papel socioeconómico subalterno. Por su parte, el centro de la economía mundo, representado en las potencias industriales, dictaminaba las relaciones de poder, los roles en el sistema productivo y las pautas socio-culturales. Este era el progreso neocolonial deducido como desarrollo (Braudel 1984, pp. 97-98); una narrativa en la que se legitimaba el sometimiento, la explotación y la deculturación como fórmula de salvación para las «naciones moribundas» e «inferiores». En este plano, solo la supremacía de la civilización con su modelo económico asimétrico y sus imperativos políticos y morales podían sacar a las sociedades salvajes y bárbaras de su absoluta «degradación».

Así pues, según este metarrelato, la única manera de atenuar la «degeneración» social era emulando la historia de las «naciones vivas». Como comunidad política, se podían tomar dos caminos: uno, convertirse directamente en colonia o protectorado de algún Imperio occidental; otro, remedando las experiencias y modelos de las potencias, bajo el ideal de la civilización importada. En ambos casos, se asumiría un rol subalterno, aceptando la función asignada en la organización económica (productores de materias primas y consumidores cautivos de productos elaborados), al igual que la posición dada en el espectro político (dominio o gobierno satélite) y, por supuesto, la condición señalada en la jerarquía social (atrasados, pobres y emergentes) (Escobar 1999, p. 328).

En definitiva, así como el proceso colonial de los siglos XVI al XVIII dio una condición de posibilidad a la Primera Revolución Industrial, gracias a la acumulación de riquezas a partir del saqueo, el genocidio y la esclavización sistemática de la población indígena americana y africana, el neocolonialismo de los siglos XIX y XX, bajo las mismas modalidades de explotación y clientelización del Antiguo Régimen, pero utilizando una estrategia de dominación cultural menos religiosa y más científica, al tiempo que un sistema político de sujeción donde se conjugaba militarismo con diplomacia, permitió el desencadenamiento de la segunda gran transformación de la industria y, con ella, el despegue definitivo del capitalismo.

El paradigma del evolucionismo cultural y la idea consecuente de civilización biológica sembraron en el imaginario colectivo de los pueblos la creencia en la superioridad de Occidente; un hecho que le otorgó al Norte global una nueva potestad colonizadora, así como la facultad de ser el creador de una historia común, en la cual la

ocupación y la dominación eran empresas necesarias para fundar el progreso en las sociedades «subcontinentales». La analogía naturalista del fenómeno social borró la especificidad de los grupos humanos y construyó un referente existencial, que hacía ver solidaridad en el crudo avance de la intervención colonial.

4 La modernización

Para entender el paso del desarrollo como civilización biológica, al desarrollo como modernización, es necesario tener en cuenta las coyunturas políticas y económicas del siglo XX, reparando en los programas desarrollistas y en los proyectos hegemónicos de producción cultural que dichas coyunturas estimularon. Las relaciones internacionales, desde la primera posguerra, merecen una revisión especial, pues la decadencia industrial y socioeconómica de Europa tras la confrontación bélica a escala global permitió que el centro del sistema-mundo moderno se trasladara de Inglaterra a Estados Unidos. A partir de 1918, la política exterior estadounidense será, entonces, determinante para comprender la variación del paradigma civilizatorio occidental en el hemisferio.

En tal sentido, el corolario de Roosevelt se presenta como una tendencia diplomática crucial para descifrar la especificidad del relato contemporáneo del desarrollo. El corolario constituyó un relanzamiento de la Doctrina Monroe, esto es, de la antigua creencia puritana en el Destino manifiesto de Estados Unidos, un Destino donde la nación del norte se reconocía como la elegida por el designio divino para expandirse por el mundo en defensa de la libertad. Marcado el destino, con el corolario de Roosevelt, se buscó expandir los intereses comerciales y territoriales de Estados Unidos en el Pacífico Sur, y en América Latina y el Caribe. La idea era consolidar una especie de integración regional apadrinada y dirigida desde Washington que permitiera contrarrestar cualquier intromisión de los otrora imperios coloniales en el continente. No obstante, el propósito de contener la posible intromisión de las potencias europeas en los países que habían logrado la separación política de las monarquías allende el Atlántico otorgaba a Estados Unidos una facultad sin igual de policía internacional, dejando a su disposición una carta abierta de acción continental (Hunt 1987, Glinkin 1984).

De esta manera, la integración propugnada por el corolario de Roosevelt daba vía libre al ejercicio violento y a la intervención armada del Gobierno de Estados Unidos cuando este considerara que se vieran amenazados sus ciudadanos, bienes o inversiones en otros países de la región. Las llamadas «naciones impotentes», carentes de industria y poder militar, por lo regular, ubicadas al sur del trópico de Cáncer, se veían sometidas a un tipo de política que pa-

recía ajustarse a un viejo y conocido proverbio africano: «Habla suavemente y lleva un gran garrote; así llegarás lejos». Estados Unidos se había atribuido el papel de restablecedor del orden comercial y político; por ello, primero, hablaban cordialmente con los mandatarios locales, para presionar exenciones arancelarias y privilegios extractivos y, si no obtenían resultados favorables, recurrían a la acción bélica, utilizaban la diplomacia del cañonero, la política del Gran Garrote (Big Stick), para exigir prebendas o instituir regímenes convenientes para sus intereses. Así, en un discurso pronunciado en diciembre de 1904, Roosevelt (1905) dejaba claro que «toda nación cuyo pueblo se conduzca bien puede contar con nuestra cordial amistad. Si una nación demuestra saber cómo actuar con eficiencia y decencia razonables en asuntos sociales y políticos, si mantiene el orden y paga sus obligaciones, no tiene por qué temer una intervención de Estados Unidos» (p. XII).

Allí, quedaba plasmada la esencia del panamericanismo, ese proyecto de integración americana que nació en oposición a la restauración monárquica, pero que terminó convirtiéndose en un agreste mecanismo de liberalización del intercambio comercial y de apertura de territorios de explotación. La frase «América para los americanos» adquiere su sentido literal dentro del proceso expansionista de la estrella del norte; se trata, básicamente, de una ampliación de la frontera norteamericana, o sea, de una «América para los estadounidenses». Sin embargo, es necesario tener presente que el panamericanismo no fue solamente «hablar suave» o, en su defecto, «dar garrote». En esta estrategia diplomática, emergieron las primeras manifestaciones del relato modernizador, un relato que será crucial para fundamentar las narrativas del desarrollo en el siglo XX.

La antropología y la sociología decimonónica habían permitido determinar científicamente que existían dos tipos de sociedades: orgánicas (modernas) y mecánicas (primitivas). De acuerdo con los cánones de la modernidad, las sociedades orgánicas eran superiores, debido a que manejaban funciones especializadas y una marcada división del trabajo (Durkheim 1967). Ello explicaba la expansión de su industria, su acelerada urbanización, su crecimiento poblacional y económico y la dominación racional-positiva que ejercían sobre el entorno natural. Las sociedades que no poseían estas características performativas, por lo regular, figuraban como «decadentes», «impotentes» e «inmaduras»; todas consecuencias de no haber construido un rumbo seguro hacia la modernización.

Bajo esta lectura lineal de lo social, se inspiraba el panamericanismo o, mejor dicho, la doctrina para la comunidad de intereses de Estados Unidos, donde se estimaba a las naciones del sur como un concierto de territorios desorientados, huérfanos e inmaduros, los cuales requerían de injerencia externa, apadrinamiento e inversión; siempre, por supuesto, con condiciones favorables para la potencia «auxiliadora». Los gobernantes norteamericanos desplegaron en el

continente una empresa geopolítica que, a semejanza de las maniobras coloniales de Europa central del siglo XIX, se legitimaba en la doctrina de la intervención y se orientaba a la creación de un bloque económico y político, capaz de responder a los intereses metropolitanos (Glinkin 1984; Rist 2002, p. 61). Dos grandes demostraciones de este despliegue integracionista fueron la fundación de la institución financiera regional que, más tarde, recibiría el nombre de Banco Interamericano de Desarrollo (BID) y la construcción de la carretera Panamericana, que conectaba con el continente desde Alaska hasta Tierra de Fuego, con una breve interrupción en el tapón del Darién.

Al finalizar la Primera Guerra Mundial, esta empresa geopolítica va a ensanchar sus fronteras. Estados Unidos logrará mayor representatividad a nivel global, debido al debilitamiento y a la devastación de las potencias al otro lado del Atlántico. La nación del norte podrá trascender el bloque interamericano, no solo abasteciendo a una Europa en ruinas que solicitaba auxilio, sino también llevando su influencia política y capitales a África y al Próximo Oriente. La misma creación de la Sociedad de Naciones (SDN), tras la firma del Tratado de Versalles, le dio a Estados Unidos un protagonismo sin igual. Al ser la única potencia fortalecida después de la guerra, la nación americana conquistó un lugar decisivo en la tarea de reorganizar la política global. En el Pacto de creación de la Sociedad de Naciones como primera institución permanente de cooperación internacional, surgió el problema de qué hacer con las colonias de los Estados vencidos, particularmente, con las posesiones alemanas y con los dominios del fragmentado Imperio otomano. En la resolución de este asunto, el presidente estadounidense Woodrow Wilson logró una victoria bastante rentable. Las colonias pasarían a ser «mandatos» administrados por Francia e Inglaterra, pero con puertas abiertas a la inversión y a la política económica norteamericana (Rist 2002, p. 72).

La razón por la que a aquellas colonias no se les otorgó la independencia radicaba en un hecho que resulta muy importante para entender la especificidad del desarrollo occidocéntrico del siglo XX. En el Pacto de la Sociedad de Naciones de 1919, se estableció que las posesiones extraeuropeas de los imperios derrotados no podían quedar sin tutoría administrativa, debido a que eran pueblos incapaces de gobernarse a sí mismos en las condiciones del mundo moderno. Era la primera vez que, en un discurso geopolítico, se apelaba a la expresión «grado de desarrollo», con el fin de verticalizar las formas de realización social y, por su intermedio, avalar relaciones de sujeción (Rist 2002, pp. 72-74). En este sentido, existían naciones adelantadas que, a razón de sus recursos, experiencia y nivel de desenvolvimiento, estaban llamadas a ejercer soberanía y autoridad sobre los pueblos atrasados e inermes. Nacía, de esta manera, la lógica del desarrollo como asistencia, una asistencia que disimulaba el anexionismo bajo el ropaje humanitario de las cruza-

das «contrabarbáricas» que libraban las potencias coloniales. Pero, «más allá de los intereses económicos y políticos que estos planteamientos pudieran entrañar, subyacía en ellos un propósito fundamental: la reproducción de unos valores universales, a saber: la civilización, el bienestar material y moral, el progreso social» y la modernización (Rist 2002, p. 74); todos elementos de la cultura dominante que prometían conducir algún día a las «sociedades incapaces» a una existencia próspera e independiente.

La autoridad de Estados Unidos como potencia mandataria, y como vigía del paradigma civilizatorio y de su racionalidad, se mantuvo incólume por más de una década hasta que, en octubre de 1929, la burbuja financiera estalló, exponiendo las falencias del mercado autorregulado y los principios de la corriente marginalista (Hobsbawn 1999, pp. 92-95). Tal como había ocurrido con la Gran Depresión del último cuarto del siglo XIX, el crac del 29 y la profunda crisis económica que devino en la década siguiente provocaron una reorientación del análisis económico y, consustancial a ello, un relanzamiento del discurso del progreso. Así pues, comienza a materializarse la idea de un Estado benefactor, proveedor de servicios y garantista de derechos sociales; una idea que hundía sus orígenes en el pensamiento ilustrado y en el cooperativismo del socialismo utópico, que más tarde retomará Polanyi (1989) en su crítica al liberalismo económico.

La gran intención detrás del Estado benefactor —que ya había conocido algunos antecedentes en los países de Europa central bajo el nombre de Estado social o asistencia pública— era encontrar medidas de rehabilitación para lograr reponerse de la recesión previniendo, con ello, una potencial fuga de los países hacia el sistema soviético; sistema que había salido ileso de la Gran Depresión. Asimismo, Estados Unidos, siendo la economía de mayor envergadura, se vio en la obligación de convertir el progreso del «Gran Garrote» en una política de sujeción disimulada, concesionaria, asistencialista y de «Buena Vecindad». Así, es lanzado en 1933 el New Deal, un Nuevo Trato de planificación económica y de «dignificación social del mercado», donde se redefinía la relación centro-periferia, descentralizando la producción industrial de las potencias occidentales e incentivándola en los países satélites (Hobsbawn 1999). Era preciso moderar el intervencionismo, promover la industria de sustitución de importaciones, incentivar el mejoramiento de la infraestructura y política fiscal, estimular de redistribución de tierras, fomentar el saneamiento y la educación; en suma, modernizar, insertar decididamente a las regiones «subcontinentales» en la economía de mercado, con el propósito de convencerlas de las bondades del capitalismo y de la conveniencia del modelo de desarrollo occidental (Galbraith 2009, p. 230).

Podría decirse que el New Deal, incluso más que el Pacto de la Sociedad de Naciones, es el proyecto político-económico que sienta

el más claro precedente de la noción de desarrollo en la primera mitad del siglo XX; un desarrollo que aparece jalonado por el ímpetu regulado de la modernización y de la mundialización del aparato productivo, así como de la organización social. En la formación de esta idea, contribuyeron sobremanera los postulados keynesianos sobre el dirigismo económico y sobre la excepcionalidad del equilibrio, así como el análisis microsocioal propuesto por el institucionalismo original norteamericano. Sin embargo, es necesario puntualizar que, con el «Nuevo Trato», no se pretendía zanjar de forma absoluta las desigualdades socioeconómicas entre las naciones; el plan era darle a cada comunidad política una «justa» parte; otorgarles alguna posibilidad de avance, para así asegurar más miembros activos, funcionales y dinamizadores del modo de producción. La misma necesidad de construir relaciones de cordialidad y solidaridad hemisférica para cerrar filas contra las potencias del Eje, al estallar la Segunda Guerra Mundial, dio mayor significancia al Nuevo Trato; por esta razón, en el plano político, Estados Unidos sustituyó la invasión militar directa por el empleo de dictadores militares locales en las llamadas «repúblicas bananeras».

La relación entre las grandes depresiones y las coyunturas políticas con los procesos de reformulación económica, vinculados a la edición de las narrativas de dominación cultural, queda demostrada de nuevo al observar los acontecimientos históricos de la segunda mitad del siglo XX. En el ocaso de la Segunda Guerra, Estados Unidos afianza su preponderancia hemisférica y, aprovechando el momento coyuntural, ajusta para su provecho las relaciones comerciales y financieras mediante los Acuerdos de Bretton Woods, que permitieron la creación del Banco Mundial (BM), del Fondo Monetario Internacional (FMI) y la extensión del dólar como moneda de referencia global (Escobar 2005, p. 19). Es, en ese momento, «que se incorpora al acervo intelectual de Occidente el concepto moderno de desarrollo» (Palenzuela 2012, p. 52).

Con la creación de la Organización de las Naciones Unidas (ONU) en octubre de 1945, se refundó el estado de bienestar, con la finalidad de hacer frente a un nuevo enemigo del modelo convencional: el comunismo internacional. El inicio de la segunda posguerra abrió la puerta a una nueva confrontación global protagonizada por dos bandos bien definidos: Occidente y el Bloque del Este. Esta bipolarización del mundo era fruto de una guerra no declarada, en la que se buscaba la expansión de dos fórmulas societarias contrapuestas: el capitalismo y el socialismo. La competencia por ampliar las zonas de influencia ideológica y económica era voraz y oscilante, así que Estados Unidos decidió definir una geopolítica del pensamiento, para contrarrestar la acogida del marxismo intelectual. En enero de 1949, dicha geopolítica quedará fielmente expuesta en el discurso de posesión del presidente estadounidense Harry Truman, quien connotó el concepto de «desarrollo» como civilización industrial y como apropiación de la cultura del Norte global (Escobar

2007, pp. 19-20 y 63). A partir de entonces, las invenciones discursivas sobre la pobreza se hicieron análogas de la categoría de subdesarrollo. En consecuencia, los países se vieron cautivados por una campaña política donde se utilizaba el dualismo progreso-atraso y la relación binaria superación-imposición para legitimar la hegemonía estadounidense y justificar su intervencionismo. «De repente —dice Esteva (2000)— se creó una nueva percepción de uno mismo y del otro. Se usurparon y se metamorfosearon con éxito doscientos años de construcción social del significado político e histórico del término desarrollo» (p. 69).

No por nada, bajo este relato, el planeta se vio georreferenciado y parcelado. Todo territorio que se encontrara al sur del trópico de Cáncer, exceptuando las «Nuevas Europas», se concebía como atrasado, pobre y subdesarrollado; es decir, hacía parte del «Tercer Mundo». De manera inversa, el «Primer Mundo», industrializado y floreciente, se encontraba al norte del mencionado paralelo y al oeste del meridiano de Greenwich; lo demás era el «emergente» y beligerante Segundo Mundo comunista. La construcción y el triunfo del Tercer Mundo como estrategia de acción expansiva (Rist 2002, p. 165) articularon «un aparato eficiente que relacionó sistemáticamente las formas de conocimiento con las técnicas de poder» (Escobar 2007, p. 35). Este dispositivo de la colonialidad del poder «confirió hegemonía global a una [...] historia puramente occidental, robando a las gentes y pueblos de distintas culturas la oportunidad de definir las formas de su vida social» (Esteva 2000, p. 73).

Para no ser objetada, la metáfora universal del desarrollo se respaldó de nuevo en la ciencia; en esta ocasión lo hizo a través de los argumentos estructural-funcionalistas de la teoría de la modernización; una teoría conservadurista orientada a replicar los análisis de la sospecha de la Academia activista, cuya denuncia de la dependencia parecía ganar buena aceptación en el mundo. La teoría de la modernización, más que una propuesta intelectual, constituyó la tesis doctrinal de la política exterior estadounidense a partir del «Trato Justo» declarado por Truman. La teoría respondía a la principal preocupación del Bloque Occidental durante la Guerra Fría: el llamado fracaso de los países del «Tercer Mundo» en incorporar sus economías al sistema capitalista, un fracaso o «rezago» que podía conducir a la periferia hacia el comunismo. Según la tesis principal de la modernización, se retomaba el evolucionismo social morganiano y durkheimiano para clasificar y jerarquizar a las sociedades en dos grupos: modernas (orgánicas) y tradicionales (mecánicas). Según esta visión teleológica, las sociedades modernas eran superiores y completas, en tanto que las tradicionales inferiores y deficitarias. Por ello, el destino natural de las segundas era remedar el camino de las primeras, ya que solo así podían conquistar el «desarrollo» (Rostow 1960, Lerner 1958). No había espacio para fórmulas alternativas de realización o para modelos paralelos, pues todo

lo que difiriera de la receta del progreso occidental se alejaba de la modernidad y, por ende, era atraso.

Pero no todo se redujo a una simple propuesta intelectual: la estructura mental de la modernización se materializó en programas de ajuste y rehabilitación. Así, tempranamente, vio la luz el New Deal; luego apareció el Plan Marshall, con la intención de restaurar a las potencias de Europa occidental para mantenerla lejos del influjo soviético; más tarde, se refrendará el integracionismo panamericano y, con base en él, surgirá la Alianza para el Progreso, un programa de «seguridad» y «desarrollo» donde se tendrá como objetivo fundamental prevenir la irradiación de la Revolución cubana en el continente. Con todo, la consigna era clara: había que recrear al mundo para servirse de él (Rojas 2010).

El desarrollo de la modernización tenía una receta específica. Para alcanzarlo, había que trabajar en seis puntos clave: primero, industrializarse, con el propósito de diversificar las estructuras productivas; segundo, integrarse económicamente, estableciendo mayores acuerdos comerciales; tercero, reformar el agro, para incrementar la utilidad de la tierra; cuarto, modernizar y expandir la educación, con el fin de formar mano de obra calificada; quinto, incrementar la esperanza de vida de la gente con programas de saneamiento, salud y construcción de vivienda pues, entre más amplia fuera la edad productiva de los trabajadores y mayor fuera el número de consumidores, mayor sería la tasa de crecimiento económico y, por último, militarizar y policizar la vida nacional para garantizar el control social (Rojas 2010, p. 97). Todos estos ingredientes, en su «justa» proporción y bajo prescrita ejecución, respondían a la fórmula compositiva del orden y el progreso que conducía a las naciones hacia el «éxito».

Después de la Conferencia de Bandung —la reunión que celebraron en Indonesia en abril de 1955 los principales líderes independentistas de África y Asia para rechazar el colonialismo y crear lazos de cooperación— aparecieron, de la mano del pensamiento poscolonial, algunas iniciativas con las que se buscaba conciliar el desarrollismo occidental con la solución de los desequilibrios sociales del Sur global. Tal fue el caso de los economistas indios Pranab Bardhan y Amartya Sen, quienes denunciaron el reduccionismo económico del desarrollo convencional y propusieron que, además de ingresos y servicios de mercado, los pueblos requerían para su realización de libertades políticas, de oportunidades sociales, de garantías de transparencia, de seguridad protectora; en definitiva, del fomento de las capacidades reales que permitieran transformar efectivamente los derechos en libertades (Sen 2000, p. 19). Desde Latinoamérica también se hizo un aporte a esta línea de análisis. En los años setenta, la Cepal centró su atención en la desigualdad social y en la diversidad productiva de los países «emergentes». Con base en ello, recomendó no concebir el desarrollo como un hecho

monolítico, sino como un asunto variable. Existían «estilos de desarrollo», a través de los cuales los países podían crecer, al tiempo que atender sus problemas de inequidad y pobreza en la región. Buena parte de este planteamiento lo compartió el economista argentino Bernardo Kliksberg (2000), quien propuso un «desarrollo con rostro humano», amparado en la ética productiva, en la economía solidaria y en la responsabilidad social corporativa (Roncaglia 2017, p. 329).

No obstante, más allá del gesto bienhechor y de la intención compensadora de esta postura, la idea de priorizar al ser humano sin descuidar el capital inevitablemente termina siendo una perspectiva del orden con la que se busca resaltar contradicciones y falencias del modelo de desarrollo, sin controvertir la esencia misma de la cuestión. En este sentido, se está de acuerdo con el proyecto geopolítico, con la asimetría económica y los criterios etnocéntricos que entraña el proceso y, por tanto, el propósito de fondo con la crítica al reduccionismo económico y a la deshumanización no es transformar o deconstruir la mecánica desarrollista sino reformarla o actualizarla para favorecer su continuidad.

En la década de los setenta, la modernización deberá enfrentarse al desafío del fin del patrón oro como soporte del valor del dólar y la catástrofe energética a raíz de la crisis del petróleo. En respuesta, habrá una revisión del orden económico y, por supuesto, de las narrativas de producción cultural. De allí emergerá el monetarismo neoliberal y la globalización total como nuevas facetas del desarrollo.

Para paliar la nueva crisis, el Gobierno de Richard Nixon recurrió a la conocida estrategia geopolítica y neocolonial de ver en los problemas internos soluciones externas. De esta manera, Washington, a través de Henry Kissinger, llegó a un acuerdo con los Estados más influyentes de la Organización de Países Productores de Petróleo (OPEP), para que la compra y venta del crudo a nivel mundial se hiciera exclusivamente a través del dólar estadounidense y, en compensación, estos países recibirían asesoría y apoyo militar irrestricto. A partir de ese momento, el petróleo y el dólar quedarían inexorablemente enlazados. El sistema del «petrodólar» le otorgaría a Estados Unidos la facultad casi ilimitada de acuñar la moneda de reserva mundial, sin la necesidad de garantizar su convertibilidad en oro (Katusa 2015, pp. 187-188).

En este contexto, el pensamiento económico poskeinesiano y neoinstitucional dará viabilidad científica a la reducción extrema del gasto público y a la mercantilización de todo lo existente, abriendo así un «tercer camino», con el que se resolvía la vieja disputa entre el liberalismo clásico de la doctrina del *laissez faire* y la planificación económica absoluta, lo que dio lugar a una economía de mercado intervenida por el Estado, pero a favor del crecimiento del sector privado. George Stigler y Milton Friedman, principales representan-

tes de la llamada Escuela de Chicago, le dieron legitimidad académica a esta reinención de la corriente capitalista. Sus aportes a la economía de la información y de la regulación, al igual que a la teoría monetaria, hechos desde la econometría y el empirismo ateorico, terminaron siendo de gran utilidad para las políticas del Banco Mundial, del Fondo Monetario Internacional y, por supuesto, del Banco Interamericano de Desarrollo, organización fundada en 1959 para la integración financiera de la región (Roncaglia 2017, p. 320).

En la década de los ochenta, la modernización bajo la retórica de la globalización experimentará un nuevo desafío. Durante el primer lustro del decenio, la economía de Estados Unidos fue bastante inestable, fluctuando frenéticamente entre la recesión y la expansión lenta. Sin embargo, en octubre de 1987, el mercado de valores se desplomó y la economía-mundo entró en una profunda recesión. Los beneficios tributarios creados para estimular los fondos de capital de riesgo y las compras apalancadas (deuda empresarial) terminaron desbordando la capacidad de endeudamiento, una capacidad ya mermada por el déficit comercial que venía teniendo el mercado desde años atrás. Todo ello afectó negativamente al valor del dólar norteamericano y, de paso, hundió los precios de las acciones (Hobsbawn 1999, p. 565).

Casi de inmediato, las organizaciones internacionales de asesoramiento económico con sede en Washington, tales como el FMI, el BM y el Departamento del Tesoro, instauraron un comité de discusión, con el propósito de elaborar un pliego de recomendaciones de política pública que ayudaran a mitigar la desestabilización financiera. El economista John Williamson, quien participaba en las discusiones, llamó a este comité el Consenso de Washington. En términos generales, la conclusión central a la que llegó dicho Consenso fue radicalizar la doctrina neoliberal, propiciando un «fundamentalismo de mercado» (Stiglitz 2012, p. 15). El objetivo, con ello, provenía de una idea ya conocida: había que debilitar el intervencionismo de Estado e impulsar la privatización, dejando que el mercado lo resolviera absolutamente todo. Se abre, así, la época de la «sociedad del bazar», donde todo es factor de oferta y demanda, incluyendo los derechos, la dignidad y la vida. Esta radicalización neoliberal impulsó medidas de ajuste macroeconómico, con las que se perseguía la apertura total del comercio y de la inversión extranjera, el robustecimiento de la política fiscal, la estimulación del consumo y la privatización de las empresas estatales.

En estos términos, el libre mercado presentó al desarrollo como una evocación de lo mismo. El progreso y el crecimiento se estimaban en la continuidad de una tradición discursiva que convertía al mercado autorregulado y globalizado en una categoría imperativa. El neoliberalismo o, mejor dicho, el liberalismo contemporáneo se desapegó de la ideología burguesa (ilustrada) original para dar un

viraje hacia la tendencia reaccionaria de nuevo cuño: el neoconservatismo. Este proceso también tuvo su dimensión política con la aparición de los conservadores de avanzada y con el resurgimiento de la democracia cristiana.

La emergencia y consolidación del neoliberalismo como sistema global preparó al mundo para el ocaso de la Guerra Fría. La Perestroika y las medidas de reestructuración en la Unión Soviética abrieron el camino para la disolución de la república socialista (Hobsbawn 1999, p. 478). Con la caída definitiva del bastión comunista en diciembre de 1991, Occidente se libró de su principal opositor; ya no existía el modelo societario y económico antagonista. De esta suerte, el «Segundo Mundo» se diluía, dejando al planeta en un estado unipolar, pero integrado por una dualidad imaginaria: naciones «desarrolladas»/naciones «subdesarrolladas»; un hecho que convalidó el trinomio positividad-democracia-capital como único horizonte civilizatorio de la humanidad. No por nada, en esta época, con el desarrollo occidocéntrico y asimétrico, se buscó potenciar su universalidad, induciendo reformas sustanciales en las estructuras jurídico-políticas de las naciones del Sur global. En Latinoamérica, por ejemplo, varios países se vieron forzados a actualizar sus cartas constitucionales, para que sus leyes no perturbaran la armonía del libre mercado ni el crecimiento proyectado por el Consenso de Washington.

Al finalizar el siglo XX, nuevos colapsos económicos volverán a exponer la fragilidad del modelo de desarrollo. Uno de los más pronunciados fue la crisis de las *puntocom*. El despunte comercial de Internet y del sector de las tecnologías de la información fue una novedad de mercado que se hizo atractiva para la especulación accionaria, lo cual llevó a un rápido e incesante incremento del precio de sus activos bursátiles. Ello derivó en una burbuja económica, cuyo estallido sumió en una recesión prolongada a las naciones occidentales. El plan de salvamento frente a la recesión se halló en la actualización de viejas estrategias. Aparece, otra vez, en el plano de la política exterior, el binomio seguridad-desarrollo, alimentado por la retórica antiterrorista que había surgido tras los ataques del 11 de septiembre de 2001 en Nueva York (Luppi 2009, pp. 47-50). La posterior invasión de Afganistán y de Irak, así como la integración del mundo frente a la «amenaza global» de Al Qaeda, aceleró la extensión de los mecanismos neoliberales, como el endeudamiento externo y los tratados de libre comercio, en los países periféricos.

Estados Unidos posaba como víctima, pero también como un salvador de las naciones frente al «terrorismo hemisférico»; por tal razón, los países, máxime los del Sur global —con conatos de subversión y conflictos armados—, tendrían el apadrinamiento financiero y militar de la estrella del norte para imponer seguridad, y luchar contra los focos «terroristas» que perturbaban el orden y refrenaban su «desarrollo».

A través de la historia, la idea del desarrollo como propósito máximo de los pueblos se vio encasillada por los relatos de la modernidad y por el pensamiento occidental de la mejora y la eficiencia. La creencia en el progreso y en la civilización se condensó en una tropista economía del desarrollo que adquirió una teoría y un campo de estudio propios, aunque nunca distanciados de la corriente convencional. Como esquema de comprensión, el desarrollo propició un objeto de análisis específico: el «fracaso de las naciones», a raíz de la pobreza. Identificar el subdesarrollo y la pobreza permitía crear modelos de arreglo en los que se aprobaba el intervencionismo como medida necesaria para el crecimiento. En tal sentido, la lógica desarrollista veía causas explicativas donde había consecuencias retrospectivas, afirmaba el consecuente para negar la incidencia externa en los desequilibrios internos de las sociedades. Dentro de esta perspectiva, la estructura y la doctrina del sistema-mundo siempre estaban bien; el problema radicaba en la gente que no sabía o no quería acoplarse a ellas. Esta ha sido la obcecación programada que se ha perpetuado hasta nuestros días.

5 Conclusión

Hacer una historia del desarrollo es analizar el capitalismo más allá de las relaciones materiales; es estudiar la producción y reproducción del modelo societario desde el contexto múltiple; es cuestionar la universalidad de los artificios del sistema-mundo moderno. El desarrollo como teoría y práctica ha sido, sin duda, un legado conceptual del pensamiento ilustrado. El mito de la modernidad llevó a que las sociedades se concibieran a sí mismas en función de dos elementos indisolubles: la razón y el progreso. Este ha sido un hecho transhistórico, cuya continuidad bien puede rastrearse desde el siglo XV hasta la actualidad. La idea de renovación, la convicción por la comprensión de la sociedad, la creencia en la modelación racional de la vida, la búsqueda del bienestar y el papel central del individuo como agencia han sido los principios de una apuesta etnocéntrica, que han sustentado la misión civilizadora occidental por más de cinco centurias.

Ciencia, Estado y capital han sido los tres pilares históricos del desarrollo occidental. La circularidad y retroalimentación de estos tres elementos han construido la hegemonía del Norte global, al igual que ha inaugurado la era geológica de la modernidad: el Antropoceno. El pensamiento científico ha legitimado las dinámicas políticas de corte imperial y colonizador, así como justificado el universalismo civilizatorio del desarrollo occidocéntrico. Del mismo modo, la lógica leonina y maximizadora del capital ha garantizado la financiación de las estructuras de gobierno y de sus mecanismos ordinarios de refrendación (violencia y democracia), al tiempo que,

el Estado moderno ha sido la coraza política del modo de producción. El trienio ciencia-Estado-capital le ha dado objetividad histórica al relato del desarrollo, en tanto componente central del ideario de la modernidad ilustrada. Con la mundialización de la estructura mental, de la fórmula política y del modelo económico de Occidente, se ha pretendido señalar criterios unitarios para alcanzar «tiempos nuevos» a expensas de la interculturalidad. En esta medida, el desarrollo como asunto práctico no ha sido otra cosa que la contemporización de la cultura de una sociedad con los fundamentos civilizatorios del sistema-mundo moderno.

El desarrollo como progreso, el desarrollo como civilización biológica y el desarrollo como modernización constituyen la variación discursiva de un mismo relato, cuya fuerza ha provenido de una sofisticada destreza seductora, con la cual ha podido obnubilar e ilusionar, pero también censurar y normalizar. Los tres momentos que pueden identificarse en el proceso desarrollista, si bien manejan una variedad de significados, coinciden en presentar al cambio social como un hecho vinculado a la integración política y al crecimiento económico, siendo aquí el bienestar no un fin, sino un medio proselitista a través del cual se afianza la promesa evolucionaria. En tal sentido, el desarrollo no es invariabilidad; es transformación en un solo sentido; un «sentido común» que, por ley natural, se concibe continuo, acumulativo, irreversible e inevitable. Por último, el desarrollo no es solamente la invención de un estadio superior o la promoción de un actor aventajado; es también la construcción del Otro como fracaso, del Otro como aspiración irrealizada.

6 Referencias

- ARCINIEGAS G (2019). América en Europa. Incidencia histórica y geopolítica del Nuevo Mundo en el antiguo continente. Ediciones LAVP, Nueva York.
- BEORLEGUI C (2010). Historia del pensamiento filosófico latinoamericano. Una búsqueda incesante de la identidad. Universidad de Deusto, Bilbao, 3.ª ed.
- BOURDIEU P (2002). Las estructuras sociales de la economía (trad. de H. Pons). Ediciones Manantial, Buenos Aires.
- BRAUDEL F (1984). Civilización material, economía y capitalismo. Siglos XV-XVIII, t. III. Alianza, Madrid.
- CASTRO-GÓMEZ S (2005). *La hybris del punto cero: ciencia, raza e ilustración en la Nueva Granada (1750-1816)*. Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá.
- CIFUENTES LM (2010). El giro lingüístico y el giro práctico en la educación filosófica. En: Cifuentes LM, Gutiérrez JM (coords.). Filosofía. Complementos de formación disciplinar. Ministerio de Educación, Madrid, pp. 75-94.
- CONDORCET N (1980). Bosquejo de un cuadro histórico de los principios del conocimiento humano (Suárez M, trad.). Editorial Nacional, Madrid.
- DARWIN C ([1859] 1877). El origen de las especies (Godínez E, trad.). Biblioteca Perrojo, Madrid.
- DEVÉS-VALDÉS E (2004). El pensamiento latinoamericano en el siglo xx. Entre la modernidad y la identidad, t. III. Editorial Biblos/Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, Buenos Aires.
- DURKHEIM E (1967). La división del trabajo social. Editorial Schapire, Buenos Aires.

- DUSSEL E (1994). 1492. El encubrimiento del Otro. Hacia el origen del mito de la modernidad. Plural editores/UMSA, La Paz.
- ESCOBAR A (1997). Anthropology and development. *International Social Science Journal* 49(4):497-515. <http://www.iheal.univ-paris3.fr/sites/www.iheal.univ-paris3.fr/files/Escobar%20anthropogyanddevelopment.pdf>, acceso 7 de septiembre de 2020.
- ESCOBAR A (1999). El final del salvaje. Naturaleza, cultura y política en la antropología contemporánea. Cerec, Bogotá.
- ESCOBAR A (2005). El «postdesarrollo» como concepto y práctica social. En: Mato D (coord.). Políticas de economía, ambiente y sociedad en tiempos de globalización. Facultad de Ciencias Económicas y Sociales, Universidad Central de Venezuela, Caracas, pp. 17-31.
- ESCOBAR A (2007). La invención del Tercer Mundo. Construcción y deconstrucción del desarrollo (Ochoa D, trad.). Fundación Editorial el perro y la rana, Caracas.
- ESTEVA G (2000). Desarrollo. En: Viola A (comp.). Antropología del desarrollo. Paidós, Barcelona, pp. 67-102.
- FOUCAULT M (1999). Historia de la Sexualidad. 1 – La voluntad de saber. Siglo XXI, México.
- FOUCAULT M (2001). Defender la sociedad. Curso en el Collège de France (1975-1976). Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- GALBRAITH JK (2009). Historia de la economía, 12.ª reimp. (Rodríguez H., trad.). Editorial Ariel, Barcelona.
- GASCOYNE-CECIL R (1898). Discurso pronunciado en el Albert Hall de Londres el 4 de mayo de 1898. *The Times*, 5 de mayo. <https://portalacademico.cch.unam.mx/materiales/prof/matdidac/sitpro/hist/univ/univ2/HUMCII/HUI-Colonialismo.htm>, acceso 7 de septiembre de 2020.
- GLINKIN A (1984). El Latinoamericanismo contra el Panamericanismo. Editorial Progreso, Moscú.
- HOBBSAWN E (1999). Historia del Siglo xx, 3.ª reimp. Crítica/Grijalbo Mondadori, Buenos Aires.
- HOBBSAWN E (2010). La Era del Capital, 1848-1875, 6.ª ed., 2.ª reimp. Crítica, Buenos Aires.
- HOSTOS EM (1969). Diario, Obras Completas, v. II, t. II. Editorial Coquí, San Juan.
- HUNT MH (1987). Ideology and US Foreign Policy. Yale University Press, Nueva York/Londres.
- HUNTINGTON S (2015). El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial (Tosaus Abadía J, trad.). Paidós, Barcelona.
- KATUSA M (2015). The Colder War: How the Global Energy Trade Slipped from America's Grasp. Willey/Casey Research, Nueva Jersey/Vermont.
- KLIKSBERG B (2000). Capital social y cultura: claves olvidadas del desarrollo. BID/INTAL, Buenos Aires.
- LERNER D (1958). The Passing of Traditional Society: Modernizing the Middle East. Free Press, Nueva York.
- LUPPI C (2009). La crisis del «Capitalismo salvaje»: ¿qué nos enseñó y cómo es el mundo que viene? Veratis, Montevideo.
- MARCUSE H (1994). Razón y Revolución. Ediciones Altaya, Barcelona.
- MARINI RM (1995). Introducción: la década de 1970 revisitada. En: Marini RM, Millán M (coord.). La teoría social Latinoamericana. La centralidad del marxismo, t. III. Ediciones el Caballito, S. A., UNAM, México, pp. 17-41.
- MORGAN LH ([1877] 1971). La sociedad primitiva. Editorial Ayuso, Madrid.
- NKRUMAH K (1996). Neocolonialismo, última etapa del imperialismo. Siglo XXI Editores, México.
- PALENZUELA P (2012). Evaluación antropológica del desarrollo institucionalizado: el proyecto Prodeco en Ecuador. En: Larrea C, Martínez M (eds.). Contribuciones antropológicas al estudio del desarrollo. Editorial UOC, Barcelona, pp. 51-66.
- PARELLADA R (2009). Ilustración, progreso y desarrollo. Isegoría. Revista de Filosofía Moral y Política 40:17-28. <http://isegoria.revistas.csic.es/index.php/isegoria/article/view/643/644>, acceso 18 de octubre de 2019.
- PERRAULT G et al. (2001). El libro negro del capitalismo. Editorial Txalaparta, Tafalla.

- POLANYI K (1989). *La Gran Transformación. Crítica al liberalismo económico* (Válera J, Álvarez-Uría F, trad.). Ediciones de La Piqueta, Madrid.
- RIST G (2002). *El desarrollo: historia de una creencia occidental* (Fernández-Marugán A, trad.). Editorial Catarata, Madrid.
- RODNEY W (1982). *De cómo Europa subdesarrolló a África* (González P, trad.). Siglo XXI Editores, México.
- ROJAS DM (2010). *La Alianza para el Progreso en Colombia. Análisis Político* 70: 91-124. <https://revistas.unal.edu.co/index.php/anpol/article/view/45595/46964>, acceso 26 de octubre de 2019.
- RONCAGLIA A (2017). *Breve historia del pensamiento económico* (Pascual i Escutia J, trad.). Prensas de la Universidad de Zaragoza, Zaragoza.
- ROOSEVELT T (1905). *Papers relating to the foreign relations of the United States, with the annual message of the President transmitted to Congress, dec., 6, 1904*. US Department of State, GPO, Washington.
- ROSTOW W (1960). *The Stages of Economic Growth: A Non-Communist Manifesto*. Cambridge University Press, Cambridge.
- SEN A (2000). *El desarrollo como libertad*. *Gaceta Ecológica* 55:14-20. <https://www.redalyc.org/pdf/539/53905501.pdf>, acceso 27 de abril de 2020.
- SKINNER Q (1993). *Los fundamentos del pensamiento político moderno*. Fondo de Cultura Económica, México.
- SOTELO I (1996). *Estado moderno*. En: Díaz E, Ruiz-Miguel A (eds.). *Filosofía política II. Teoría de Estado*. Editorial Trotta, Madrid, pp. 25-44.
- SPENCER H (1864). *The Principles of Biology*, v. I. Williams and Norgate, Londres.
- STIGLITZ JE (2012). *El precio de la desigualdad: el 1 % de la población tiene lo que el 99 % por ciento necesita* (Pradera A, trad.). Taurus, Madrid.
- WALLERSTEIN I (1999). *Impensar las ciencias sociales. Límites de los paradigmas decimonónicos* (Guardado S, trad.), 2.ª ed. Siglo XXI Editores/UNAM, México.
- WALLERSTEIN I (2005). *Análisis de sistemas-mundo: una introducción* (Schroeder C, trad.). Siglo XXI Editores, México.